



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado - Artículo de Revisión

**Actividades Sexuales Online: Diferencias entre hombres y mujeres,  
motivaciones y posibles consecuencias**

Estudiante: Katerin Viera CI 4413871-4

Tutor: Prof. Adj. Dr. Pablo López Gómez

Montevideo, Uruguay - Octubre de 2022

## **Resumen**

El objetivo de este artículo es realizar una revisión sistemática de producción científica actual relacionada a las Actividades Sexuales Online (ASO). A través de la revisión se establecieron tres categorías de análisis: a) diferencias en los comportamientos y usos en las ASO entre hombres y mujeres; b) cuáles son las motivaciones que llevan a practicar algún tipo de ASO; c) posibles consecuencias psico-sociales que pueden ocurrir por su consumo. Del análisis se desprende que existen diferencias en la práctica de las ASO, no solo respecto al género, sino también a las edades y los vínculos que se mantenga, existiendo un consenso de que los hombres son quienes consumen cibersexo en mayor frecuencia. Dentro de las principales motivaciones, se encuentra la satisfacción personal, ya sea para relajarse del estrés, buscar material para masturbarse o conocer más sobre la sexualidad. Mientras que las posibles consecuencias psico-sociales posibles, varían en función de la práctica que se analice y el contexto.

**Palabras claves:** Sexualidad, Género, Comportamiento sexual, Internet (Tesauro UNESCO).

## **Abstract**

The objective of this article is to conduct a systematic review of the current scientific production related to Online Sexual Activities Online (OSA). Through the review, three categories of analysis were established: a) differences in behaviors and uses in OSA between men and women; b) what are the motivations that lead to practice some type of OSA; c) possible psycho-social consequences that may occur due to its consumption.

The analysis shows that there are differences in the practice of ASO, not only with respect to gender, but also to ages and the links that are maintained, there is a consensus that men are the ones who consume cybersex more frequently. Among the main motivations we find personal satisfaction whether to relax from stress, find material to masturbate or learn more about sexuality. While the possible psychosocial consequences vary according to the practice that is analyzed and the context.

**Keywords:** Sexuality, Gender, Sexual behavior, Internet

## Índice

Introducción.....	1
Método.....	1
Resultados.....	2
Definiciones.....	2
Diferencias en la aso entre hombres y mujeres: .....	8
Motivaciones .....	13
Posibles consecuencias .....	16
Conclusiones.....	21
Referencias bibliográficas .....	23

## **Introducción**

El objetivo de este artículo es realizar una revisión sistemática de la producción científica de los últimos años, respecto a las actividades sexuales online (ASO), haciendo énfasis en las diferencias de comportamiento entre hombres y mujeres, los aspectos que los motivan a realizar estas actividades y las posibles consecuencias psico-sociales que pueden ocasionar.

La sexualidad es un aspecto central del ser humano, que se expresa en la forma de ser, sentir, pensar y actuar; es por esto que gran parte de las experiencias y comportamientos van a estar influenciadas por el sistema de creencias vinculadas al género. De esta forma, las vivencias pueden ser diferentes de acuerdo con la identidad sexual con la que se identifiquen las personas, a sus formas de vincularse y los contextos en los que habitan.

El uso y avances de la Tecnología de la Información y de las Comunicaciones (TICS), han propiciado cambios en el estilo de vida y en las formas de interrelacionarse, lo que promueve que Internet sea el medio ideal para conocer, explorar y experimentar la sexualidad.

El mundo digital está directamente ligado al mundo físico y constantemente se crean nuevas plataformas y/o aplicaciones que producen y reproducen nuevas formas de vincularse. Lo que implica la necesidad de continuar investigando al respecto de las repercusiones y cambios que pueden llegar a manifestar en la vida de las personas.

Este artículo pretende revisar la literatura internacional, así como también las investigaciones que se han podido realizar en Uruguay, con el fin de dilucidar los conocimientos actuales respecto a los comportamientos que tienen los adolescentes y jóvenes en las actividades sexuales online.

## **Método**

Para realizar esta revisión, se utilizaron artículos científicos obtenidos a partir de los motores de búsqueda Timbó, Pubmed, SciELO, Redalyc, Elsevier y Google Scholar.

En una primera aproximación se utilizaron como palabras claves sexting, cibersexo, pornografía y adolescencia en inglés y español, generando distintas combinaciones entre las mismas. En segundo lugar, se realiza una nueva búsqueda de artículos que hicieran referencia, además, a diferencias de género/sexo. De acuerdo con la pertinencia y

resultados obtenidos, se decide utilizar como frase final el término “actividad sexual online”, debido a que engloba las prácticas elegidas en las que se hará especial énfasis, así como también otras prácticas posibles dentro de los entornos virtuales. Los textos seleccionados debían cumplir ciertos criterios: ser publicados entre los años 2012 y 2022 inclusive, la población participante deben ser jóvenes y/o adolescentes, además de incluir referencias en cuanto a la identidad de género de las personas investigadas.

## **Resultados**

Se revisaron 82 artículos, de los cuales luego de una primera lectura se seleccionaron 66. Luego de revisar los que no cumplían con los criterios, fueron validados un total de 51 artículos. Solo se tomaron en cuenta artículos que refieren a hombres y mujeres heterosexuales.

De estos trabajos, 28 están en inglés, 20 en español y 3 portugués. Principalmente abordan la temática de cibersexo (22), de pornografía (15) y sexting (10), así como otras definiciones similares que hacen referencia a diferentes actividades sexuales online posibles como Technology-mediated sexual interactions (TMSI), guiones sexuales y consentimiento.

A partir de los resultados obtenidos en la revisión se establecieron tres categorías de análisis: a) diferencias, si existen, en los comportamientos y usos en las ASO entre hombres y mujeres; b) cuáles son las motivaciones que llevan a practicar algún tipo de ASO; c) posibles consecuencias psico-sociales que pueden ocurrir por su consumo. Previo al desarrollo de las categorías, se incluye un primer apartado conceptual con las definiciones de las ASO.

## **Definiciones**

Cuando hablamos de *sexualidad*, nos referimos a un aspecto central del ser humano que se basa en el sexo, incluye el género, las identidades de sexo y género, la orientación sexual, el erotismo, el placer, la vinculación afectiva, el amor y la reproducción. Se experimenta y expresa a través de actitudes, valores y comportamientos. Es el resultado de la interacción de factores biológicos, psicológicos, socioeconómicos, culturales, éticos

y religiosos o espirituales, aunque no es indispensable que se experimenten todos, y se expresa en lo que somos, sentimos, pensamos y hacemos (WHO, 2006; Arango, 2008).

Es decir que, las creencias respecto al sexo y sexualidad están influenciadas por el género, el cual sirve como referencia normativa para los sujetos. La visión que cada uno tiene de sí mismos y del mundo, conforma un sistema de creencias que se desarrolla a lo largo de la vida en el contexto de las interacciones sexuales, dicho sistema influye en los patrones comportamentales (Petty y Cacioppo, 2018).

Para Okin (2008), “gran parte de la experiencia real de las personas en cuanto vivan en sociedades estructuradas por las relaciones de género, depende, de hecho, de cuál es su sexo” (p. 309). En nuestra sociedad, el ser identificado como hombre o mujer significa estar sujeto a diferentes estímulos, limitaciones y oportunidades. De esta forma, hombres y mujeres perciben el mundo diferente y como consecuencia, también lidian con él de forma diferente (Baumel, Silva, Guerra, Garcia, y Trindade, 2019).

A partir del avance de las TICS, aparecen diferentes formas de comunicación, de recibir información y de recreación, lo que ha creado una brecha generacional, transmutando prácticas y hábitos que habían prevalecido en el tiempo. El acceso a Internet es considerado como un derecho inalienable para la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ya que es una herramienta donde se ejercitan derechos tales como la libertad de expresión, la participación, información y comunicación (Ruiz, 2017; Cabrales, 2019).

La gran disponibilidad actual de herramientas para el acceder a Internet como computadoras, smartphone, tables, entre otros, facilita el acercamiento a contenido sexual online. La idea de anonimato, acceso sin costo, y naturaleza aparentemente segura, hacen que Internet sea la herramienta ideal para comenzar a experimentar, explorar la sexualidad y conectar de manera romántica o sexual con otros, facilitando la aparición de nuevos comportamientos (Cooper, 1998; Courtice y Shaughnessy, 2018).

Cabrales (2019), considera que:

Está claro que la red permite construir coordenadas espacio-temporales que antes resultaban incompatibles, facilita comunicaciones, la expresión de emociones, deseos e intrigas entre personas distanciadas geográficamente e identidades diferentes. Es un medio que, aunque ensalzado por su posibilidad de comunicación y de establecer

comunidades alternativas, cada vez se considera más relacionado con la falta de compromiso y con el exceso de individualismo. (p. 12)

Las actividades que se realizan mediante Internet, con el fin de obtener una gratificación sexual son definidas como *Actividad sexual online* (ASO). Pueden incluir prácticas que se realizan en solitario como lectura de textos eróticos, búsqueda o visualización de pornografía, entre otros, y actividades que implican interacción con otros usuarios online mediante chat, webcam o sexting (Cooper y Griffin-Shelley, 2002). Por ejemplo, narrar sus fantasías a terceros, como una lectura erótica donde los participantes son los protagonistas imaginando e intercambiando que están haciendo y qué les gustaría que les hicieran (Shaughnessy, Byers y Walsh, 2011; Cabrales, 2019)

También se incluyen interacciones que propicien encuentros sexuales offline (por ejemplo, encuentros mediante Apps de citas), además de compra y venta de productos sexuales como preservativos o juguetes sexuales (Daneback, Mansson, y Ross, 2007; Daneback, Mansson y Ross, 2011).

Por último, algunas prácticas que han recibido menos atención, pero también son consideradas ASO pueden implicar la oferta de servicios sexuales (trabajo sexual) de forma online, como el cibersexo profesional pagado a través de webcams, así como la publicidad y oferta de trabajo sexual offline (Cunningham y Kendall, 2011; Doring, 2012).

Una posible forma de clasificar las ASO es dividir las en tres categorías: 1) las que no buscan el incremento de la excitación sexual; 2) las que se practican en solitario y sí buscan la excitación; y 3) las que se practican en pareja y sí buscan la excitación. Se debe tener en cuenta que esta distinción tiene la limitación de separar la búsqueda y la visualización de material pornográfico en base a si estaba acompañado o no por masturbación, es decir, si tenían un fin de auto gratificación (Ballester-Arnal, Castro-Calvo, García-Barba, Gil-Juliá y Morrell-Mengual, 2020).

A partir de la definición de ASO, a continuación, se detallan las más relevantes y utilizadas en este artículo. En primer lugar, el *cibersexo* refiere a un subconjunto de ASO interactivos que ocurren en tiempo real e involucra al menos a dos personas que se comunican sobre actividades, deseos y/o fantasías sexuales, por ejemplo, el intercambio de mensajes instantáneos sexualmente explícitos (Shaughnessy et al., 2011). Además de

encuentros virtuales, el cibersexo también puede facilitar encuentros de parejas románticas y sexuales reales (Groves, Gillespie, Royce y Lever, 2011).

Dentro de esta categoría, existe evidencia del uso de chat de videos, que se basan en cámaras web para mantener interacciones sexuales online es algo habitual y que se practica en privado. Incluso se ha estudiado el uso de esta práctica en el caso de relaciones a distancia. Otra de las posibilidades disponibles, es interactuar participando de chat además de la cámara, para esto se pueden utilizar aplicaciones como Skype o FaceTime. También existen plataformas de Internet que permiten la transmisión de un usuario a muchos de forma simultánea, propiciando experiencias interactivas con un sistema de propinas, permitiendo que los espectadores puedan enviar dinero a la persona que se exhibe. Es decir que este tipo de plataformas puede ser utilizada con fines comerciales. Algunos sitios web de ejemplos para estas prácticas son: chaturbate.com y cam4.com (Koops, Dekker y Briken, 2018). También existe Omegle, una plataforma que se caracteriza por brindar la oportunidad de hablar con extraños, ya que realiza emparejamientos aleatorios y asegura el anonimato, donde se puede elegir la opción de utilizar solo chat o con chat y webcam en simultáneo (Demetis, 2019).

Es decir que al hablar de cibersexo se hace referencia al uso de Internet con objetivos sexuales, mientras que el término ASO engloba un gran abanico de comportamientos y de actividades sexuales concretas disponibles en la red (Ballester et al., 2020).

Como se mencionaba anteriormente, Internet, los smartphones y redes sociales son una parte esencial en la vida actual y se ha convertido en el principal medio para comunicarse, socializar y mantener relaciones interpersonales, especialmente en los jóvenes, transformando prácticas y hábitos. Entre ellos, el smartphone pasó a ser un objeto que al cual se presta más atención y siempre se lleva a todos lados, convirtiéndose en una especie de “mando a distancia” (Koops et al., 2018; Cabrales, 2019; Márquez, 2017).

Es por esto por lo que, en segundo lugar, otro tipo de ASO a destacar es el *Sexting*. Práctica que se puede incluir de acuerdo con algunos autores, dentro del cibersexo incluso, ya que es una actividad que se realiza en tiempo real e involucra al menos a dos personas. El término se compone de las palabras “sex” (sexo) y “texting” (mensajes de texto). Ngo, Jaishankar y Agustina (2017), definen el sexting como el “envío, recepción o reenvío de mensajes sexualmente explícitos o desnudos, parcialmente desnudos o imágenes digitales sexualmente sugerentes de uno mismo o de otros a través de teléfonos

celulares, correo electrónico, Internet o servicio de redes sociales” (p 162, citado en Doyle, Douglas y O’Reilly, 2021). Otros investigadores indican que aún no se ha logrado llegar a un consenso, por lo que se utiliza, en términos más generales, la definición de sexting de Raine et al., (2020) de “enviar o recibir mensajes o fotografías sexualmente explícitos a través de un teléfono móvil u otros dispositivos multimedia” (p. 2, citado en Doyle, Douglas y Gary O’Reilly, 2021).

Como forma de clasificación, se puede diferenciar entre sexting activo, es decir envío de imágenes, videos o mensajes de texto con contenido sexual, frente al sexting pasivo que sería recibir este tipo de contenidos. También se distingue entre sexting consensual (envió de forma voluntaria) y no consensual (cuando la imagen se envía sin permiso), llegando a considerarse este último acto, como una violencia sexual (Alonso y Romero, 2019).

En tercer lugar, una de las ASO más consumidas y seguramente de las más estudiadas es el consumo de material pornográfico. La palabra *pornografía* proviene del griego “porne” (esclava o prostituta) y de “graphos” (escritura, representación, descripción). Es decir que etimológicamente la pornografía es la escritura, representación y/o descripción de la esclavitud sexual y la prostitución (Castellanos, 2016). Se distingue por representar cuerpos desnudos, genitales y comportamientos sexuales explícitos (Peter y Valkenburg, 2011, citado en Ballester, Facal y Varela, 2020). Ha sido objeto de múltiples debates desde posturas que la denominan una modalidad de libertad de expresión, hasta posturas que critican su vinculación con cambios en las relaciones interpersonales y explotación de los cuerpos femeninos (Ballester y Orte, 2019).

Hoy en día existen muchas formas de distribuir este tipo de material, pero hace algunos años, la forma más común era a través de revistas, lo que implicaba exponerse cara a cara con el vendedor. Esta exposición limitaba el acceso a contenido pornográfico, no todos se atrevían a comprarlo, además de que estaba controlada la prohibición para menores de 18 años. Es por esto que, el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información, permite que contenido sexual explícito se distribuye a personas de todas las edades, mediante aplicaciones, redes sociales o páginas de internet. Promueve un acceso más directo, anónimo y frecuente, que ha sido denominado como “Nueva Pornografía” (Ballester et al., 2020).

Se puede hablar de nueva pornografía a partir de algunas características principales como que tenga buena calidad de imagen, que sea asequible/accesible, sin límite tanto en el

acceso como en las prácticas que se pueden apreciar y que sea anónimo o con intensa interactividad (contacto a distancia). Este tipo de pornografía tiene un impacto aún desconocido e imprevisible, su presencia se ha normalizado en la mayoría de la población occidental y su consumo va en aumento, relacionándose en muchos casos con conductas adictivas (Ballester et al., 2019).

La pornografía ha sido objeto de debate en relación al movimiento feminista. Existen posturas a favor que consideran que la pornografía es una herramienta de empoderamiento, expresión y libertad sexual. Por otro lado, la postura contraria considera que la pornografía daña a la mujer, que no solo refleja las relaciones de poder y asimetría sexual entre hombres y mujeres, sino que reproduce la masculinidad hegemónica, reprimiendo la sexualidad de las mujeres, mostrándolas cosificadas e hipersexualizadas (Criado, 2021).

El uso de los datos personales de los consumidores es fundamentales para determinar las tendencias de consumo a nivel mundial, lo que cuestiona el gran mito del anonimato y resguardo de la privacidad de los consumidores de pornografía (Raguá, 2017). Una prueba de esto es la revisión anual de Pornhub, plataforma de videos pornográficos que anualmente aporta información respecto a lo términos más buscados, tráfico en la web, información de los lugares geográficos, dispositivos de acceso, entre otros.

Si se tiene en cuenta los medios para acceder a contenidos sexuales, en la última revisión de Pornhub (2021), los dispositivos móviles representaban el 86% del tráfico total de esta plataforma en todo el mundo. Lo que demuestra la importancia que han adquirido los smartphones en nuestra sociedad actual, promoviendo, además, la creación de múltiples aplicaciones que permiten compartir información como Instagram y Facebook donde se pueden publicar fotos y videos para que el público los vea. Existiendo otras aplicaciones más populares específicamente para compartir información íntima como Snapchat, donde se pueden enviar imágenes y/o videos y el receptor solo puede ver el contenido por 10 segundos antes de que el contenido sea eliminado, además de enviar una notificación o incluso no permitir que se realicen capturas de pantalla (Bélanger Lejars, Bélanger, Razak, 2020).

### **Diferencias en las ASO entre hombres y mujeres:**

La práctica de ASO es realizada tanto por hombres como mujeres, en distintas edades y contextos, sin embargo, de acuerdo con el relevamiento realizado, se encontraron diversas diferencias en las prácticas en función del género de las personas.

En una investigación realizada a adolescentes entre 12 y 16 años, Burén y Lunde (2018), encontraron que las experiencias de sexting son más comunes entre adolescentes mayores. Tanto las “chicas” como los “chicos” tenían la misma posibilidad de enviar y recibir sexting ya sea a una pareja romántica, amigos o personas que habían conocido solo online. Sin embargo, las “chicas” tenían significativamente más posibilidades de recibir sexting de extraños en comparación con los varones de la muestra. Además, más “chicos” afirmaron haber solicitado mensajes sexuales que las “chicas”. Por último, un 35,7% de las “chicas” que participaron del estudio, informaron haber sido presionadas para enviar sexts, mientras que en el caso de los varones solo sucedió en un 10% de los casos. Al igual que otros estudios similares, en general las “chicas” reportaron haber tenido más experiencias negativas.

Condice con el análisis de Symons, Ponnet, Walrave y Heirman (2018), el cual mostró que se le asignan roles diferentes en el sexting de acuerdo al género: los “chicos” son percibidos como los iniciadores y los que solicitan fotos sexuales, mientras que las “chicas” son percibidas como las responsables de poner los límites.

A pesar de no haber un consenso entre quienes son más propensos a realizar sexting, al parecer, el sexteo sí es un acto que se encuentra fuertemente ligado a los roles de género. En algunas entrevistas cualitativas a adolescentes varones, se puede apreciar que, a través de este tipo de actividades, ellos aumentan su capital social y ganan popularidad entre sus compañeros. Mientras que las mujeres son más proclives a ser catalogadas como “putas” por enviar mensajes sexuales (Ringrose, Gill, Livingstone y Harvey, 2012).

En Setty (2019), se relata el caso de dos adolescentes mujeres que expresaron sentirse avergonzadas y condenadas luego de que imágenes sexuales fueran distribuidas por varones jóvenes sin su consentimiento. Una de ellas afirmó haber sentido vergüenza luego de subir una foto sexual sacada por ella misma a las redes sociales, con el fin de obtener reconocimiento y afirmación de su autoconfianza corporal.

En el análisis de Mori, Temple, Browne y Madigan (2019), se puede apreciar una leve asociación entre el uso de sexting y tener múltiples parejas sexuales, siendo más significativa esta asociación en el caso de los varones. Esto puede deberse al énfasis cultural en las consecuencias sexuales, sociales y psicológicas negativas que podría tener para las mujeres, motivando a que se involucren y reporten menos encuentros, mientras que está más normalizado y aceptado que los varones sí tengan múltiples parejas sexuales y no tengan mayores inconvenientes en reportarlo.

En contraposición, Bélanger et al. (2020), indica que las mujeres parecen estar alejándose de las normas tradicionales de género, llegando a sentirse más cómodas a la hora de informar sobre sus ASO.

Si se toma en cuenta la teoría de guiones sexuales de Gagnon y Simon (2005), la sexualidad y los comportamientos sexuales son entendidos, principalmente como procesos sociales. Es decir que la conducta sexual se aprecia como “escrita”, guida por planos para el comportamiento apropiado de acuerdo con el contexto. Los guiones sexuales pueden ser definidos por Krahe, Bieneck y Scheinberger-Olwig (2007) como aquellos que contienen “el conocimiento generalizado de un individuo sobre los elementos típicos de una interacción sexual, incluidas las expectativas sobre los comportamientos de la pareja y las creencias normativas sobre la idoneidad de actividades conductuales específicas” (p.316; citado en Symons et al., 2018).

Siguiendo la teoría, la construcción de la conducta humana se conforma por tres tipos de guiones, el primero representa los guiones culturales, son los entendimientos culturales compartidos como códigos y valores que fija la sociedad; el segundo guion es el interpersonal, que incluye las interacciones diarias con otras personas, donde se puede discutir el comportamiento sexual y expectativas; y un tercer guion es el intra psíquico, el cual tiene que ver con las emociones, deseos o angustias involucradas en la vida sexual y afectiva. Estos guiones son específicos de género, es decir que se esperan comportamientos diferentes entre hombres y mujeres. La especificidad del género se basa en la ideología de creencias compartidas sobre la feminidad y masculinidad dominantes en la sociedad, los cuales se vuelven perceptibles en la adolescencia, etapa en la cual se espera que los varones sean sexualmente más exigentes, mientras que las mujeres deberían actuar como guardianes sexuales (Tolman, Davis, Bowman, 2015).

Además, Krahe et al. (2007) encontró discrepancias entre las creencias sociales compartidas y las experiencias personales, ya que el hecho de conocer el guion social, no significa que se respalde y se represente automáticamente como parte del propio repertorio de comportamiento; justificando una distinción entre lo que las personas creen que es normativo en general, y lo que las personas creen que es apropiado en situaciones personales. Entendiéndose como guion general, lo que representaría las percepciones que tienen los adolescentes sobre como sus pares se comportan en sus relaciones sexuales en general; y como guion personal, lo que comprende las concepciones que tienen los adolescentes respecto de sus propias interacciones sexuales. Se señala que, se percibe de forma más positiva el guion personal (sus propias interacciones sexuales), antes que el guion general (percepción de sus pares).

Es decir que, el guion personal, entendido como las expectativas respecto al comportamiento sexual en un determinado contexto, está unido a lo que se percibe como norma social para el comportamiento en este contexto, pero no se superpone por completo. Se puede ejemplificar en un estudio cuantitativo relevado por Symons et al (2018), donde se encontró que el 51% de las “chicas” pensaba que las otras “chicas” practicaban sexting por presión de un varón. Sin embargo, solo el 12% de las “chicas” del mismo estudio, manifestaron haber sido presionada para enviar sexts.

En un estudio realizado a jóvenes entre 18 y 30 años que investiga los motivos para el consumo de cibersexo, dentro de los participantes que afirmaron haber utilizado Internet con fines sexuales (89,8%), el porcentaje de consumo era más elevado en el caso de los hombres. Al consultar respecto al tiempo semanal dedicado para dicho fin también se vislumbran diferencias en función del género, mientras que los hombres invertían cerca de 3 horas semanales a la práctica del cibersexo, las mujeres le dedicaban una hora (Ballester-Arnal, Castro-Calvo, García-Barba, Gil-Juliá y Morrell-Mengual, 2018).

Otra diferencia encontrada relacionada con el género es respecto a la práctica de ASO para excitación en pareja o en solitario. Tanto hombres como mujeres participan mayoritariamente en ASO con excitación en solitario. Sin embargo, si se analiza específicamente por género, los hombres participan más en ASO solitarias con excitación, mientras que las mujeres participan más en ASO con excitación en pareja.

Respecto a las ASO sin excitación, no se encontraron diferencias de género, lo que implica que la búsqueda de información sexual podría no estar influenciada por los guiones sexuales (Bélanger et al., 2020).

En Uruguay, López et al. (2019) han realizado investigaciones similares respecto a sexting y consumo de pornografía en adolescentes. En la fase cualitativa del estudio (6 grupos focales, 2 de cada nivel socioeconómico, bajo, medio y alto n=72), todos/as los participantes afirmaron haber recibido alguna vez fotos y/o videos de índole erótico/sexual de un tercero. En el caso de las mujeres, varias declararon haber sufrido presiones para enviar este tipo de contenidos, mientras que, en algunas ocasiones, los hombres les envían fotos de sus penes sin haber mantenido ninguna conversación erótica previa.

Respecto a los vínculos que mantienen con las personas que realizan sexting, en López y Ramos (2022), los varones afirmaron realizar sexting tanto con sus parejas, como con otras personas, ya sea conocidos o desconocidos, mientras que las mujeres manifestaron que solo cederían a practicarlo dentro de un vínculo de pareja. De la encuesta se desprende que de los y las adolescentes que declararon haber enviado fotos o videos, un 69,2% fue con una pareja del momento y un 47,4% con una persona que conocía o por la que tenía interés, sólo un 5% declara haberlo hecho con desconocidos.

Uno de cada 4 adolescentes manifestó mirar pornografía una vez a la semana. Sin embargo, si se toma en cuenta la diferencia de género para el consumo, los varones que ven pornografía en esta frecuencia son casi el triple que las mujeres (López et al, 2022).

A nivel internacional, en el último boletín de Pornhub (2021), se puede encontrar que Estados Unidos continúa siendo el país con más tráfico diario en esta web, (Uruguay no figura en el listado), el domingo es el día más popular, mientras que los viernes es el día en que menos usuarios acceden. Indica que, en 2021 la proporción de visitantes mujeres aumentó al 35%, porcentaje que ha ido en aumento en los últimos años.

Un artículo previo publicado por este sitio web, “More of What Women Want” (2015) donde se investiga más acerca de lo que quieren las mujeres, desprende que las categorías más elegidas son “Lesbian” y “Gay Male”. Seguido del artículo Girls Who Like Boys Who Like Boys (2017), en el cual se detalla que el porno masculino gay es la segunda categoría más popular entre mujeres de 18 – 44 años, mientras que el porno lésbico es el

más popular entre mujeres de +45 años. Estos datos se asocian con los resultados de Merlyn, Jayo, Ortiz y Moreta-Herrera (2020), donde se aprecia que las mujeres prefieren contenido pornográfico homosexual, mientras que los jóvenes prefieren visualizar sexo con adolescentes.

En cuanto a las prácticas seleccionadas de acuerdo con el género, la más popular entre hombres es “japonés”, mientras que para mujeres continúa siendo “Lesbiana” la más popular. Sumado a que, en comparación con los hombres, las mujeres buscan y ven más, en un 170 % en algunos casos, “Scissoring” “Solo Male” y “Pussy Licking”, un análisis realizado por la plataforma desprende que, tiene sentido que las mujeres disfruten más de ver pornografía que se enfoca en el placer femenino, en los “juegos previos” y no solo en la penetración, cuando el foco está en el placer femenino es fácil ponerse en el lugar de las demás que lo están pasando bien (Davis-Fainbloom, 2021 citado en Pornhub, 2021, párrafo 55). Si se toma en cuenta el tiempo que los usuarios invierten en visualizar los contenidos, la media mundial se sitúa en 9 minutos con 55 segundos. Existiendo una pequeña diferencia si se comparan los tiempos por género, las mujeres entran y salen, en promedio, 14 segundos más rápido que los hombres. Además, este tiempo se va incrementando a medida que aumenta la edad de los visitantes (Pornhub, 2021).

En conclusión, existen diferencias, no solo respecto al género, sino también a las edades de los participantes, demostrando que la práctica de ASO se hace más “común” a medida que aumenta la edad, así como también varían respecto a los vínculos que se mantengan. Se aprecia un consenso en que, en general, las mujeres tienen más probabilidades de recibir fotos/videos eróticos de extraños, son las más presionadas a enviar este tipo de contenido y son quienes deben poner los límites para cuidar su reputación. También existe el consenso de que las ASO más practicadas por ambos géneros son en solitario, encontrándose sí diferencias, cuando se analiza cada práctica de forma particular.

Por último, si se toman en cuenta el género y lo que se espera de ellos, no se aprecia un consenso entre un mayor consumo de ASO y el efecto que tiene en la vida diaria de las personas, por lo que se podría seguir investigando este aspecto.

## **Motivaciones**

Si analizamos las motivaciones que llevan a las personas a acercarse y practicar algún tipo de ASO, encontramos que, en cuanto a realizar sexting consensuado, uno de los principales motivos incluye expresar su propia sexualidad con compañeros o parejas románticas, es decir, con propósitos sexuales, así como también, reforzar la propia imagen corporal al recibir una retroalimentación en cuanto a apariencia física (Bianchi, Morelli, Baiocco, Chirumbolo, 2016).

Siguiendo esta línea, en la investigación de López et al. (2019), se desprende que el sexting “es una práctica socialmente aceptada entre los adolescentes, formando parte de los rituales de “conquista” de un compañero/a” (López et al, 2019, p. 32). En esta investigación, el 29.1% de los adolescentes entre 15 y 19 años que contestaron la encuesta, manifestaron haber enviado material sexual explícito a otras personas y casi un 40% entre los adolescentes más grandes (18 y 19 años). Esta diferencia se puede explicar por el propio paso del tiempo, que aumenta las probabilidades de ocurrencia de eventos y experiencias nuevas. Además, casi un 20% de los adolescentes manifiesta haber realizado videollamadas con fines sexuales, y un 60% manifiesta haber mantenido conversaciones sexualmente explícitas.

Diversas investigaciones sugieren que el sexteo ocurre con más frecuencia dentro de una relación de pareja o un potencial vínculo amoroso, por lo que puede formar parte o ser un sustituto de interacciones fuera de los entornos virtuales. Se ha encontrado también, que esta ASO es más frecuente entre adolescentes sexualmente activos como parte de una amplia gama de comportamientos sexuales en los jóvenes cuando comienzan a experimentar este tipo de comportamientos, o a involucrarse de forma romántica con otras personas (Symons et al., 2018).

Entre los beneficios del Cibersexo más mencionados, se encuentra que el sexo en Internet constituye un medio eficaz para la satisfacción del deseo sexual (Daneback, Sevcikova, Månsson y Ross, 2013), también puede ser beneficioso para compensar la escasez de conocimientos sobre sexualidad, para encontrar parejas románticas o sexuales en un entorno seguro, para entretenimiento o distracción de los problemas cotidianos (Smith, 2013; Courtice et al., 2018; Baltieri, Junqueira-Aguiar, De Oliveira, De Souza-Gatti y De Souza-Aranha, 2015).

Los adolescentes declararon también que, en algún caso, luego de obtener un “pack” de fotos íntimas por parte de un tercero, estos dejaron de hablarles, lo que genera la hipótesis de que, a veces la motivación por comenzar el sexting no es que termine en una relación sexual, sino que el fin/objetivo de la práctica es el sexting en sí mismo (López et al., 2019).

En algunos estudios se ha relacionado el sexting con el consumo de pornografía, donde se sugiere que ver pornografía puede influir en las percepciones adolescentes en cuanto al sexting, aumentando la percepción de que enviar imágenes sexualmente explícitas es un comportamiento habitual entre parejas románticas (Symons et al., 2018).

De acuerdo con Baumel et al. (2019), en una investigación realizada a jóvenes entre 20 y 30 años respecto al uso de pornografía, para los hombres el principal motivo para practicarlo es la satisfacción personal al obtener placer, aumentar su autoestima, relajarse y/o masturbarse. Señalaron que la visualización de pornografía puede tener beneficios estimulando, incrementando el diálogo y diversificando la vida sexual de la pareja. Además, el aprendizaje provocado por la curiosidad permite mayor libertad para explorar la sexualidad y descubrir que les gusta. Otra motivación que señalaron, aunque en menor medida y solo en el caso de los hombres, es el consumo de pornografía para satisfacer una necesidad, “cumplir una carencia”, cuando se sienten solos o sexualmente frustrados.

Para las mujeres el principal uso es ambiguo. Por un lado, es un medio de aprendizaje para conocer como es el sexo “real” antes de practicarlo, aumenta el conocimiento sobre el placer, así como del propio cuerpo y el cuerpo del otro. Mientras que, por otro lado, algunas jóvenes manifestaron sentimientos de vergüenza y culpa luego de practicarlo. Esto puede explicarse por la socialización femenina y el establecimiento de sus guiones sexuales esperados que, tradicionalmente, no han habilitado que las mujeres experimenten libremente su sexualidad en comparación los hombres, cuyos guiones han sido más permisivos, especialmente respecto de las conductas autoeróticas como la masturbación o el consumo de pornografía (Baumel et al., 2019; Tolman et al., 2015).

A pesar de esto, las mujeres utilizan material de contenido sexual y señalan obtener beneficios en las relaciones amorosas. Mientras que para algunas mujeres el consumo de pornografía se asocia a la satisfacción de su propio deseo, otras lo consumen como beneficio de la pareja y la vida sexual, a pesar de no tener demasiado interés en este tipo de material.

En el estudio de Ballester-Arnal et al. (2018), que investiga los motivos para el consumo de cibersexo, encontraron incongruencias con investigaciones internacionales anteriores que señalaban como principal motivación la distracción. En este caso, solo el 40% afirmó consumir cibersexo por este motivo, mientras que el 70.8% manifestó practicarlos con el objetivo de encontrar contenidos sexuales con los que masturbarse, en segundo lugar, un 47% manifestó realizarlo para aprender cosas nuevas sobre sexo, seguido de un porcentaje similar que indicaba que consumir cibersexo le permitía relajarse del estrés de sus obligaciones. En cuanto a las motivaciones específicamente en mujeres, se aprecia que practican cibersexo en porcentajes similares, tanto para la búsqueda de contenidos explícitos con los que masturbarse, como para aprender sobre sexo, esto demuestra que las razones educativas también son motivaciones válidas para el consumo y no solo es por búsquedas de placer (Ballester-Arnal et al., 2018).

Por otro lado, en una investigación sobre el uso de cibersexo realizada solo a hombres, los resultados son similares a las otras investigaciones, aunque los porcentajes se ven un poco incrementados. El uso más frecuente de cibersexo era el visionado de pornografía en un 89.2%, seguido de información de educación sexual en un 58.9%, y un 34.7% lo utilizaba como insinuaciones sexuales hacia otros usuarios. En cuanto a las motivaciones específicamente para el uso, el primer motivo es para encontrar material para masturbarse, seguido de distraerse, relajarse del estrés y, por último, para aprender cosas sobre sexo. (García, Elípe, Giménez, Castro, 2019)

En las entrevistas cualitativas realizadas por Cabrales (2019), los varones expresaron que las ASO son estimulantes, son una manera de aliviar el estrés, de salir de lo “común” y es una herramienta que muchos usan cuando están separados de sus parejas. Mientras que las mujeres expresaron que es algo novedoso, aunque cada vez más frecuente, excitante y divertido.

En definitiva, tanto para hombres como para mujeres, la motivación a la hora de practicar algún tipo de ASO es la satisfacción personal en primer lugar, ya sea para relajarse del estrés de las obligaciones, buscar material para masturbarse o aprender, conocer más sobre la sexualidad y salir de lo “común”. En la mayoría de los artículos relevados, se destaca la práctica de alguna ASO como complemento para la vida sexual en pareja fomentando la intimidad, complicidad y exploración; así como también es más frecuente entre adolescentes sexualmente activos.

Como se puede apreciar en diversas investigaciones, aún hoy, las mujeres se encuentran más reprimidas a la hora de explorar su sexualidad, con mandatos a seguir de cómo se debe actuar y comportar, pero a pesar de esto, el consumo de ASO en mujeres es algo cada vez más habitual.

### **Posibles consecuencias**

Existe debate en cuanto a los beneficios y los inconvenientes de las ASO, especialmente cuando se habla del efecto que puede tener en el desarrollo psicosexual de los jóvenes y los adolescentes (O'Sullivan, 2014).

Tanto los estudios relevados por Mori et al. (2019), como en las entrevistas cualitativas de Cabral (2019), algunos jóvenes indican que entienden que se están exponiendo al peligro al consumir cibersexo. Por lo que deben saber con quién hacerlo y seguir determinadas reglas, ya que los materiales compartidos como fotos, videos o chats pueden ser manipulados por otras personas, llegando a ser públicos, propiciando el ciberacoso.

De acuerdo con el análisis realizado por Mori et al. (2019), los jóvenes que practican sexting están más implicados en cuanto a comportamientos sexuales de riesgo y factores de salud mental, frente a los adolescentes que no lo practican. Se visualiza que quienes que lo practican, tienen más probabilidades “de usar sustancias, experimentar ansiedad, depresión y delincuencia, y de participar en actividades sexuales, sexo con múltiples parejas y falta de uso de métodos anticonceptivos” (p. 776). También pueden correr riesgo de experimentar situaciones negativas como embarazo no deseado en la adolescencia e infecciones de transmisión sexual ya que es menos probable que los adolescentes jóvenes se realicen pruebas de detección de infecciones de transmisión sexual.

Además, en las investigaciones relevadas por O'Donohue y Schewe (2019) en “Handbook of Sexual Assault and Sexual Assault Prevention. Springer Nature”, se visualiza que los adolescentes que ven pornografía tienen más probabilidades de comenzar a tener relaciones sexuales a edades más tempranas debido a las actitudes más permisivas hacia el sexo casual que se relacionan directamente al consumo de pornografía, cuando es posible que, por su desarrollo, aún no estén listo para realizarlo.

Respecto a la relación entre sexting, conductas sexuales de riesgo y salud mental en adolescentes, se indica que, si bien diversos estudios asocian al sexting con consumo de sustancias, ansiedad, entre otros; también existen investigaciones que no indican esta asociación (Mori et al., 2019).

Burén et al. (2018), analizó el rol que cumple la familia en la práctica de sexting, ya que estudios anteriores indicaron que una mala relación familiar estaba asociada a una mayor probabilidad de sextear. Como resultado de esta investigación, el apoyo familiar con el que contaban los adolescentes se relacionó con una menor probabilidad de enviar sexts a amigos o compañeros, tanto en varones como en mujeres. Sin embargo, no se encontró relación entre el apoyo familiar y enviar sexts a extraños, a pesar de ser considerada una conducta más riesgosa por lo que sería importante que se realizaran más estudios para profundizar esta información.

En Uruguay, López et al. (2019), mencionan que más del 50% de los/as adolescentes recibieron fotos o videos sexualmente explícitas de un tercero sin haberlas solicitados. Esta información es muy importante ya que varias adolescentes mujeres declararon sentir rechazo y vivir esta experiencia con mucha violencia. Respecto a los cuidados que tenían en cuenta para esta ASO, el más mencionado fue cubrir el rostro, aunque más de un 40% de los/as adolescentes no toma esta precaución al mandar fotos o videos propios. Sólo un 5% manifestó practicar sexting con desconocidos y un 20,3% con personas que solo conocían por redes sociales. Siguiendo con la investigación, los adolescentes indicaron que existen páginas en redes sociales donde se viralizan imágenes de contenido sexual, e incluso grupos informales cerrados de los centros educativos, donde se comparten este tipo de imágenes (López et al., 2019).

Los entornos virtuales propician un medio donde es sencillo falsear la identidad en las interacciones a través de chats, fotos o audios, que sucedan acosos sexuales vulnerando la intimidad de los que participan en ella, que el consumo de cibersexo se convierta en compulsivo, donde el sujeto se siente incapaz de parar, generando malestar (Ballester et al., 2020). En diversos estudios se mencionan posibles daños en la salud física y mental con el uso excesivo de materiales pornográficos, pudiendo desarrollar una adicción. Se define como adicción al cibersexo al uso excesivo e incontrolado que provoca problemas laborales, sociales y/o personales. Las personas con esta adicción invierten una cantidad exagerada de tiempo realizando ASO, a pesar de las consecuencias negativas que le

provocan, no teniendo control sobre su inicio y fin, llegando incluso a negar su problema (Cooper, 1998; Cooper et al., 2002; Baumel et al., 2019).

Otros posibles impactos negativos del consumo de pornografía que se mencionan en Baumel et al. (2019) señaladas por ambos géneros es la idealización en la comparación del propio cuerpo con el de los actores y la comparación de las situaciones que se muestran en la pantalla con las propias vivencias. Lo que puede llevar a fomentar inseguridades para establecer relaciones cercanas, la disminución de la autoestima, y generar exigencias y expectativas no realistas. De la misma forma, otra posible consecuencia que se menciona, aunque en menor medida, es el caso de algunas parejas, donde puede ocurrir que alguno de los involucrados no está de acuerdo con el consumo de este tipo de materiales y puede llegar a considerarlo como una traición o abuso de confianza ante la idea de consumirlo en conjunto (Baumel et al., 2019).

Por último, se debe tener en cuenta que existen grandes diferencias en la percepción de consecuencias asociadas a la práctica de ASO, en tanto la persona investigada este familiarizada o no con las mismas. En Merlyn et al. (2020), se encuentran actitudes más favorables hacia la pornografía cuando la persona visualiza material pornográfico. Sin embargo, cuando no consume este tipo de material, es más considerada su prohibición y juicio negativo.

Internet permite acceder a información y material pornográfico de manera muy fácil, dando una idea distorsionada y en algunos casos no saludables de como suele ser la sexualidad y las interacciones en la realidad, “un sexo sacado de contexto y desde luego desprovisto de cualquier tipo de afecto” (Ballester et al., 2020, p. 14) que tiende a cosificar el cuerpo de las mujeres.

Baumel et al. (2019), en su investigación respecto a la actitud de los jóvenes frente a la pornografía, menciona que el uso de este tipo de materiales puede cambiar la forma de relacionarse con las mujeres, colocándolas como objeto sexual, en sumisión, estimulando y normalizando situaciones de falta de respeto o violencia. Posibilitando la influencia en el entendimiento de los roles de género y los comportamientos sexuales esperados en una relación.

De acuerdo a Merlyn et al. (2020), existe una posible modificación actitudinal en la percepción de las relaciones sexuales y el placer, “las personas que ven pornografía tienen

actitudes más favorables hacia conductas violentas como jalar el cabello, dar nalgadas, decir cosas obscenas, conductas de dominación tanto en hombres como en mujeres” (Merlyn et al., 2020, p. 11). Esto puede deberse a la popularidad de contenido sado masoquista que pueda llegar a asociar y “normalizar” el sexo con conductas violentas.

Estos hallazgos conciben con investigaciones anteriores, como el análisis elaborado por Bridges, Wosnitzer, Scharrer, Sun y Liberman (2010), de los videos pornográficos más populares. Donde se aprecia que el 88% de las imágenes mostraban actos sexuales con agresiones físicas como bofetadas, ataduras y asfixia; y el 87% de estos actos, fueron hacia mujeres. La cantidad de contenido violento, puede crear en los consumidores habituales de pornografía, la idea de realidad que puede conducir a esperar encuentros sexuales más violentos y no consentidos; así como se perpetúan los estereotipos de género.

A partir de un estudio de la representación de la mujer en la pornografía desde una perspectiva de género, se desprende que no se puede negar que la mujer es el principal blanco de actos degradantes y hostiles. Sin embargo, existen inconsistencias respecto a qué se denomina como violencia y de qué forma se puede reproducir en la pornografía. Existen diversos análisis del contenido de porno mainstream con diferentes posturas; Criado (2021) menciona:

“estudios como el de McKee (2005) no incluyen como acto agresivo aquel en el que la víctima no muestra resistencia, interpretándose como consensuado. Así, obtienen tasas bajas de violencia física (1,9%), ignoran las asimetrías de poder existentes y consideran la naturaleza del acto en función de la reacción del receptor. Por el contrario, estudios como el de Bridges et al. (2010) encuentran tasas de agresión física altas (88,2%) al considerar como acto agresivo aquel que lo es independientemente de la reacción de la víctima.” (p. 59)

Klaassen y Peter (2015), estudiaron 400 videos pornográficos de sitios como Pornhub, RedTube, YouPorn y xHamster, relevando que las mujeres son más propensas a ser utilizadas como objetos de gratificación sexual, afirmando que existe una desigualdad de género en la pornografía. Los hombres alcanzaban el orgasmo en el 75,5% de los casos, mientras que las mujeres lo alcanzaban en el 16,8%. Las mujeres aparecían en primeros planos sexualizados en un 60,8% de los casos, mientras que los hombres aparecían en un 18,8%. Además, los hombres tenían más posibilidades de asumir el control, mientras que

las mujeres tenían más probabilidades de comportarse como sumisas, encontrando un 42,5% de sumisión femenina, frente a un 10,2% de sumisión masculina.

Por otra parte, en la investigación de Shor y Seida (2019), donde se comparó el grado de agresión en los videos más populares (con más visitas), frente a el grado de agresión en los menos populares en Pornhub; se concluyó que no existe un aumento gradual en la cantidad de videos que representan agresión visual, como se indicaba en estudios anteriores, y se aprecia una disminución en la duración en promedio de este tipo de escenas. En segundo lugar, se encontró que los videos que contienen agresión no consensuada, tenían menos probabilidades de ser vistos y menos probabilidades de recibir críticas favorables por los consumidores. Respecto a la representación de las mujeres en la pornografía, los actos que eran más desagradables o dolorosos para las actrices se clasificaron como menos populares por parte de los usuarios. Por último, no encontraron fundamento para la noción de que la pornografía se centra por completo en el placer de los hombres e ignora las necesidades y deseos de las mujeres como sugieren otros estudios (Shor y Seida, 2019).

A partir de todo lo anterior, se desprende que tampoco existe consenso en las investigaciones acerca de los efectos del consumo de pornografía, por lo que urge una investigación científica que se base en una metodología adecuada para lograr hallazgos consistentes (Criado, 2021).

Si se tiene en cuenta de que 1 de cada 4 jóvenes sextea, como indica el análisis de Mori et al. (2019), y que, como indica López et al. (2022), la edad media de inicio de visualización de pornografía en adolescentes es a los 13 años (aunque un 13.6% de los adolescentes declaró haber visto pornografía por primera vez entre los 4 y 10 años); el uso y cuidados que se deben tener en las ASO debería estar presente a la hora de discutir temas de salud y educación sexual entre los jóvenes, padres y educadores.

Considerando, además, que prácticas como el visionado de pornografía están instaladas como agentes pedagógicos a falta de otros canales educativos de la temática, no se trata de prohibir o restringir el acceso, sino que se trata de educar y concientizar sobre lo que realmente es la pornografía: la quinta industria que mueve más dinero en el mundo, contraponiéndola con lo que realmente es la sexualidad humana. Donde todos los agentes de socialización se impliquen para fomentar una educación afectivo-sexual adecuada y saludable; basada en el respeto y la reciprocidad (Mori et al., 2019; Ballester et al., 2020).

Concretamente, existen diversas consecuencias psico-sociales posibles para los consumidores de ASO, dependiendo del contexto y tipo de práctica: como la disminución del autoestima e idealización de los cuerpos, adicciones y posibles modificaciones en la actitud hacia conductas violentas; sin embargo, existen inconsistencias respecto a qué se denomina como violencia, según diferentes investigaciones.

No se encontró un consenso en la relación directa entre la práctica de sexting con conductas sexuales de riesgo y las consecuencias en la salud psico-social, aunque se puede afirmar que las mujeres presentan más probabilidades de ser presionada para enviar material erótico. También se visualiza un debate respecto a la teoría de que las ASO, en mayor medida la pornografía, fomenta roles de género que posicionan a las mujeres como objetos sexuales.

## **Conclusiones**

Las actividades sexuales online forman parte de la vida diaria de muchas personas y las cifras de consumo van en aumento. Es por esto que comprender los tipos de prácticas, comportamientos y efectos que pueden tener en la vida de las personas resulta fundamental.

Teniendo en cuenta las tres categorías de análisis que se plantearon, se puede concluir con que existen múltiples diferencias en los comportamientos de hombres y mujeres en los entornos virtuales. Solo por el hecho de ser identificados como hombre o como mujer en nuestra sociedad, se nos atribuyen diferentes oportunidades y limitaciones; la forma de percibir el mundo es diferente, por tanto, las vivencias en él también difieren. La sexualidad es una categoría compleja de analizar ya que es muy personal; y está determinada por muchos aspectos de la vida como lo biológico, social y psicológico, entre otros. Es decir que, el abanico de experiencias posibles varía respecto al contexto en que se habita, a la edad y los vínculos que se mantienen. Se puede apreciar, por ejemplo, la creencia vinculada a los roles de género, donde se espera que el varón sea quien inicie los encuentros, mientras que la mujer debe tomar un rol más pasivo y ser quien determine los límites, cuidando que no se vea afectada su reputación. Existe un consenso en que los hombres son quienes consumen cibersexo en mayor frecuencia y lo practican tanto en pareja como con extraños, mientras que la mayoría de las mujeres manifiesta que prefiere realizarlo dentro de un vínculo de pareja.

Respecto a las motivaciones y lo que impulsa a que las personas participen de las ASO, uno de los principales motivos es la satisfacción personal, ya sea para relajarse, buscar material para masturbarse o aprender más sobre la sexualidad, así como también puede ser un disparador a la hora de explorar en pareja.

En cuanto a las posibles consecuencias psico-sociales posibles, varían en función de la práctica que se analice y el contexto. No llegando a un consenso en relación a la práctica de sexting con conductas sexuales de riesgo y las consecuencias en la salud mental. De la misma forma, existen posturas muy diferentes respecto a la afirmación de que las ASO, en mayor medida la pornografía, fomentan roles de género que posicionan a las mujeres como objetos sexuales naturalizando actos violentos.

De acuerdo a los artículos relevados, una limitación que se plantea en las investigaciones de las ASO, es la falta de investigaciones realizadas exclusivamente con mujeres. En el caso de los comportamientos de las mujeres en el visionado de pornografía, se encontró muy poco material más allá de las revisiones anuales que brinda Pornhub; siendo más habitual el estudio del rol y representaciones de la mujer en el porno.

Entre otras limitaciones, aparece también, la falta de consenso respecto a qué se denomina por adicción, qué implican los actos violentos, cual es el concepto de riesgo que se utiliza, cómo se reproducen los roles de género en estas plataformas, entre otros pilares fundamentales a la hora de producir conocimiento e intervenir en el campo. Destacando la necesidad de adoptar una posición crítica de análisis, con perspectiva de género, ya que las representaciones de la sexualidad que se pueden encontrar en Internet, no son ajenas a los sistemas socioculturales en los que habitamos. No se debe perder de vista que la pornografía y algunas plataformas interactivas muestran el sexo como una actividad sexual como algo armado, guionado, donde se dejan de lado los aspectos sociales, emociones y sentimientos de los involucrados, sin lugar a la espontaneidad de la vida “real”.

Por último, es importante considerar para futuras líneas de investigación las motivaciones y beneficios que pueden llegar a obtener las personas que realizan las ASO, y no solo focalizar en los riesgos y consecuencias como el ciberacoso, con el fin de elaborar estrategias de educación afectivo-sexual, concientización y prevención en todos los niveles educativos. Así como también tener en cuenta otras identidades sexo-genéricas.

## Referencias Bibliográficas

- Alonso, C., y Romero, E. (2019). Conducta de sexting en adolescentes: predictores de personalidad y consecuencias psicosociales en un año de seguimiento. *Anales de Psicología / Annals of Psychology*, 35(2), 214–224.
- Arango, I. (2008). *Sexualidad humana*. México: Manual Moderno
- Baltieri, D., Junqueira-Aguiar, A., De Oliveira, V., De Souza-Gatti, A., y De Souza-Aranha R. (2015). Validation of the Pornography Consumption Inventory in a Sample of Mal Brazilian University Students. *Journal of Sex and Marital Therapy*, 41(6), 649–660 <https://doi.org/10.1080/0092623X.2014.958793>
- Ballester-Arnal, R., Castro-Calvo, J., García-Barba, M., Gil-Juliá, B., y Morrell-Mengual, V. (2018). Motivos para el consumo de cibersexo y su relación con el grado de severidad, in *International Journal of Developmental and Educational Psychology* 1 (2018) pp. 93-102.
- Ballester, L. y Orte, C. (2019). *Nueva pornografía y cambios en las relaciones interpersonales de adolescentes y jóvenes*. Editorial Octaedro
- Ballester-Arnal, R., Castro-Calvo, J., Gil-Llario, M. D., y Giménez-García, C. (2020). *Adicción al cibersexo: teoría, evaluación y tratamiento*. Alianza Editorial.
- Ballester, L., Facal, T. y Varela, C.R. (2020). *Pornografía y educación afectivo-sexual*. Editorial Octaedro.
- Baumel, C., Silva, P., Guerra, V., Garcia, A., y Trindade, Z. (2019). Atitudes de jovens frente à pornografia e suas consequências. *Psico-USF*, 24(1), 131- 144.
- Bélangier Lejars, V., Bélangier, C., y Razak, J. (2020). Exploring new measures of online sexual activities, device use, and gender differences. *Computers in Human Behavior*, 108, Article 106300. <https://doi.org/10.1016/j.chb.2020.106300>
- Bianchi D, Morelli M, Baiocco R, Chirumbolo, A. (2016) Psychometric properties of the Sexting Motivations Questionnaire for adolescents and young adults. *Rassegna Di Psicologia* 33(3): 5–18.

- Bridges, A. J., Wosnitzer, R., Scharrer, E., Sun, C., y Liberman, R. (2010). Aggression and sexual behavior in best-selling pornography videos: A content análisis update. *Violence Against Women*, 16(10), 1065–1085.
- Burén, J., y Lunde, C. (2018). Sexting among adolescents: A nuanced gendered online challenge for young. *Computers in Human Behavior*. Advance online publication. doi: 10.1016/j.chb.2018.02.003
- Cabrales, G. (2019). El cibersexo, fenómeno contemporáneo de la cibercultura en jóvenes universitarios. *Universidad de la Costa*.
- Criado, A. (2021). La representación de la mujer en la pornografía desde una perspectiva de género: un análisis global. En: *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*. ISSN-e 2444-1198, N°. 12, 2022. págs. 52-80
- Castellanos, G. (2016). Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía. *La Manzana de la Discordia*; 1 (2): 53.
- Courtice, E., y Shaughnessy, K. (2018). The Partner Context of Sexual Minority Women's and Men's Cybersex Experiences: Implications for the Traditional Sexual Script. *Sex Roles*, 78(3–4), 272–285.7
- Cooper, A. (1998). Sexually Compulsive Behavior. *Contemporary Sexuality*, 32(4), 1–3.
- Cooper, A., y Griffin-Shelley, E. (2002). The internet: The next sexual revolution. In A. Cooper (Ed.), *Sex & the internet: A guidebook for clinicians* (pp. 1–15). New York, NY: Brunner-Routledge
- Cunningham, S. y Kendall, T. D. (2011). Prostitution 2.0: The changing face of sexwork. *Journal of Urban Economics*, 69, 273–287
- Daneback, K., Mansson, S., y Ross, M. (2007). Using the Internet to find offline sex partners. *Cyberpsychology & Behavior*, 10, 100–107.
- Daneback, K., Mansson, S., y Ross, M. (2011). Online sex shops: Purchasing sexualmerchandise on the Internet. *International Journal of Sexual Health*, 23, 102

- Daneback, K., Sevcikova, A., Månsson, S.-A., y Ross, M. W. (2013). Outcomes of using the internet for sexual purposes: fulfilment of sexual desires. *Sexual Health*, 10(1), 26–31. <https://doi.org/10.1071/SH11023-110>
- Dionysios, S. D. (2019) Breaking bad online: a synthesis of the darker sides of social networking sites, *European Management Journal*
- Doyle C, Douglas E, O'Reilly G. (2021). The outcomes of sexting for children and adolescents: A systematic review of the literature. *J Adolesc.* 2021 Oct;92:86-113. doi: 10.1016/j.adolescence.2021.08.009. Epub 2021 Aug 25. PMID: 34454257.
- Doering, N. (2012). Internet sexuality. In Z. Yan (Ed.), *Encyclopedia of cyber behavior* (pp. 807–827). Hershey, PA: IGI Global.
- Gagnon W y Simon JH (2005). *Sexual Conduct: The Social Sources of Human Sexuality*. 2nd edn. London: Aldine Transaction.
- Garcia, M., Elipe, M., Giménez, C., Castro, J. (2019) Uso del cibersexo en hombres. Prácticas y motivaciones. En busca de buenas prácticas de masculinidades igualitarias desde el ámbito de la universidad / coord. por Rosario Carmona Paredes, Joan Sanfélix Albelda, 2019, ISBN 978-84-16024-85-8, págs. 219-229
- Grov, C., Gillespie, B., Royce, T., y Lever, J. (2011). Perceived consequences of casual online sexual activities on heterosexual relationships: A U. S. online survey. *Archives of Sexual Behavior*, 40(2), 429–439.
- Klaassen, M. J., y Peter, J. (2015). Gender (in) equality in Internet pornography: A content analysis of popular pornographic Internet videos. *The Journal of Sex Research*, 52(7), 721–735.
- Koops, T., Dekker, A., y Briken, P. (2018). Online sexual activity involving webcams—an overview of existing literature and implications for sexual boundary violations of children and adolescents. *Behavioral Sciences & the Law*, 36(2), 182–197.
- López, P. et al., (2019) Informe ANNI: Adolescentes y sexualidad. Identidades, mensajes y relacionamiento afectivo sexual a través de las redes sociales. /o Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII) (2019). Informe: Adolescentes y

sexualidad. Identidades, mensajes y relacionamiento afectivo sexual a través de las redes sociales.

López, P. y Ramos, V. (2022). Impacto dos ambientes digitais nos scripts sexuais de adolescentes.

Márquez, I. (2017). El smartphone como metamedio. *Observatorio (OBS\*)*, 11(2), 61-71. <https://doi.org/ftcn>

Merlyn, MF, Jayo, L., Ortiz, D., Moreta-Herrera, R. (2020). Consumo de pornografía y su impacto en actitudes y conductas en estudiantes universitarios ecuatorianos. *Psicodebate*. 2020;20(2):59-76.

Mori, C., Temple, J. R., Browne, D., y Madigan, S. (2019). Association of sexting with sexual behaviors and mental health among adolescents: A systematic review and meta-analysis. *JAMA Pediatrics*, 173(8), 770-779.

O'Donohue, W. y Schewe, P. (2019). *Handbook of Sexual Assault and Sexual Assault Prevention*. Springer Nature, 2019 ISBN 3030236455, 9783030236458

Okin, S. M., (2008). Gênero, o público e o privado. *Estudos feministas*, 16(2), 305-332. doi: 10.1590/ S0104-026X2008000200002

O'Sullivan, L. (2014). Linking online sexual activities to health outcomes among teens. In E. S. Lefkowitz & S. A. Vasilenko (Eds.), *New directions for child and adolescent development* (Vol. 2014, pp. 37–51). San Francisco, CA: Wiley Periodicals. <https://doi.org/10.1002/cad>

Petty, R., y Cacioppo, J. (2018). Introduction to attitudes and persuasion. Em R. E. Petty & J. T. Cacioppo (Eds). *Attitudes and persuasion: Classic and contemporary approaches* (pp. 03-37). London, UK: Routledge.

Pornography is booming during the covid-19 lockdowns. (2020, May 10). *The Economist* (US)

Luévano, D. (2015). Validez y confiabilidad de un instrumento para medir adicción al cibersexo. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 20 (2), 107-118.

- Raguá, D. (2017). La pornografía como industria cultural en Colombia. Una aproximación a la emisión y reproducción de imaginarios corporales. Bogotá, Colombia.
- Ringrose, J., Gill, R., Livingstone, S. y Harvey, L. (2012). A qualitative study of children, young people and ‘sexting’: A report prepared for the NSPCC. Retrieved from National Society for the Prevention of Cruelty to Children website
- Ruiz D. Arce, S. (2017). Abuso y explotación sexual infantil vinculada a las TIC: Perspectivas desde el Mercosur. *Revista Eletrônica da OAB/RJ*, v. 30, p. 1-23.
- Setty, E. (2019). Meanings of bodily and sexual expression in youth sexting culture: Young women’s negotiation of gendered risks and harms. *Sex Roles*, 80(9–10), 586–606. <https://doi.org/10.1007/s11199-018-0957-x>
- Shaughnessy, K., Byers, E., y Walsh, L. (2011). «Online sexual activity experience of heterosexual students: Gender similarities and differences». *Archives of Sexual Behavior*, 40(2), 419-427.
- Shor, E., y Seida, K. (2019). "Harder and Harder"? Is Mainstream Pornography Becoming Increasingly Violent and Do Viewers Prefer Violent Content?. *Journal of sex research*, 56(1), 16–28. <https://doi.org/10.1080/00224499.2018.1451476>
- Symons, K., Ponnet, K., Walrave, M., & Heirman, W. (2018). Sexting scripts in adolescent relationships: Is sexting becoming the norm? *New Media & Society*, 20(10), 3836–3857.
- Smith, M. (2013). Youth Viewing Sexually Explicit Material Online: Addressing the Elephant on the Screen. *Sexuality Research and Social Policy*, 10(1), 62–75.
- Tolman, D., Davis B., y Bowman C. (2015) “That’s just how it is”: a gendered analysis of masculinity and femininity ideologies in adolescent girls’ and boys’ heterosexual relationships. *Journal of Adolescent Research* 31(1): 3–31.
- WHO (2006). Defining Sexual Health—Report of a Technical Consultation on Sexual Health 28-31 January 2002, Geneva. Sexual Health Document Series, World Health Organization, Geneva.